

LA RELACION DE
ANTONIO RUIZ

Antonio Nakayama Arce

LA RELACION DE
ANTONIO RUIZ

Antonio Nakayama Arce

La relacion de Antonio Ruiz
Antonio Nakayama Arce

Todos los derechos reservados por el Autor
Registro en trámite ante la Dirección General de
Derechos de Autor de la SEP.

Edición Digital:
Enero 2010

Creativos7editorial:
Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales
Culiacán Rosales, Sinaloa, México
C.P. 80230 Tel. 01667-4556615
Cel: (667) 175 7817
E-mail: creativos7editorial@hotmail.com

Diseño Editorial:
Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

“Los libros hacen hombres libres”.

Hecho en Sinaloa-México
Printed in Sinaloa-México

EL CAPITAN ANTONIO RUIZ

Los años de 1568 y 1569, y los comprendidos de 1583 a 1590, fueron los más duros y difíciles por los que atravesaron los españoles establecidos en el norte de Sinaloa, cabe la zona que se tiende entre los ríos Evora y El Fuerte. Lo que la habilidad y el sentido humano de la política de Francisco de Ibarra ganaron, lo perdieron los castellanos con su conducta torpe, ya que los indígenas, cansados de expoliaciones y de abusos, decidieron expulsarlos de la región, y los esfuerzos de los blancos para defender lo conquistado se estrellaron contra el odio y el deseo de venganza de los naturales. El paisaje agreste se llenó de disparos de arcabuces y de gritos ululantes, salvajes. El tropel de los caballos se alternaba con el fúnebre redoblar de los teponaxtles, y el cielo se pintaba con los rojos y grises de las aldeas incendiadas.

Pero el espíritu humano se pone de manifiesto en todas las situaciones; y en medio del escenario bélico donde chocaban la cultura europea mediterránea y la neolítica de los hombres americanos hubo alguien que fue observándolo todo para, más tarde, revivirlo en papel, y legó a las generaciones futuras un relato de los sucesos que se eslabonaron en la etapa en que a sangre y fuego se abrió la brecha por la que más tarde habría de entrar la civilización.

El Capitán Antonio Ruiz, hombre representativo de su época, fue el encargado de dejar la imagen de ese lapso bravío y apasionante a que arriba se hace mención. Su padre, un "soldado viejo llamado Antonio Ruiz, llegó a la tierra sinaloense con Francisco de Ibarra acompañándolo en sus correrías de conquista, por lo que fue recompensado con la encomienda de varios poblados del río Mayo; pero la remuneración no era muy beneficiosa ya que los pueblos encomendados de esa región nunca ubieron sus amos ningún prodecho dellos". Se ignora cuándo hizo su aparición Antonio en el noroeste novohispano, pues su presencia se advierte, por primera vez, durante la expedición de Ibarra a Paquimé, en la que anduvo "sirbiendo a su padre Juan Ruiz" cuando apenas era un muchachuelo de escasos doce años.

Hacia 1568, las relaciones entre los indígenas y los castellanos entraron en un estado de tensión bastante fuerte. Las tribus se pusieron en efervescencia y los colonos, por su parte, redoblaron sus precauciones. En San Juan de Carapoa murió uno de los vecinos que "que se decía Juan Martínez, el viejo, porque lo era mucho" y como los indios "tenían contados a todos los que usaban armas", ante la falta de un hombre hábil para la defensa colectiva, "la justicia envió a llamar a Antonio Ruiz, que era muchacho de catorce o quince años, y le entregaron las armas y caballos de dicho Juan Martínez", y así el hijo del soldado viejo entró en las páginas de la historia sinaloense.

La situación explotó y empezaron los alzamientos indígenas, los albazos y los encuentros entre blancos y nativos. Antonio Ruiz, pese a sus pocos años, luchó como buen soldado; pero al final los españoles tuvieron que abandonar San Juan y la Provincia de Sinaloa para irse a refugiar a Culiacán. No sabemos cuáles hayan sido sus actividades en los años de 1569 a 1583; pero es de suponer que viviría en Culiacán, aunque no puede precisarse si se mantuvo allí durante todo ese tiempo, ya que es muy posible que haya pasado a la región de Chametla, donde radicaba Don Francisco de Ibarra, y que éste no hubiera olvidado al chiquillo que acompañó al ejército en la expedición que llevó a Sonora, pues debe de haber recordado el inicio de sus campañas cuando él también era solamente un mozalbete de 16 años. Es de presumir que, en esta etapa oscura de su vivir, Antonio Ruiz haya aprendido a leer y escribir, pues dada la azarosa vida de su progenitor, es lógico suponer que, durante los años de su niñez, Antonio no poseyera rudimentos de instrucción y que los haya adquirido cuando ya era un joven.

El Capitán Pedro de Montoya, veterano de todas las campañas de Ibarra, en 1582 recibió la comisión de reconquistar la Provincia de Sinaloa; con este objetivo estuvo en Culiacán donde reclutó 36 hombres, entre ellos a Ruiz. Los expedicionarios partieron de la Villa de San Miguel en los últimos días de enero de 1583; "pero Rodrigo de Gámez y Antonio Ruiz, por no haber estado listos, salieron el dos de febrero de ese año". El 30 de abril siguiente, el Capitán fundó la Villa de San Felipe y Santiago de Carapoa sobre las márgenes del río Fuerte y cerca del sitio donde había estado la de San Juan. Al hacer la designación de autoridades dio el título de escribano a Antonio Ruiz, quien al poco tiempo "fue hasta Culiacán y trajo a su esposa y a su hermana de ella y fueron las dos primeras mujeres que entraron al poblado". Empezaron a llegar muchos colonos; pero la villa estaba condenada a una vida efímera, ya que los indígenas comenzaron a mostrar mala voluntad y a provocar a los colonos. El telón cayó cuando los belicosos nativos tendieron una celada a los españoles y mataron muchos de ellos; entre los muertos se halló el mismo Pedro de Montoya.

Los sobrevivientes huyeron rumbo al sur para refugiarse en Culiacán; pero al llegar al río Petatlán fueron detenidos por Juan López de Quijada, quien había sido comisionado como teniente gobernador. Allí les notificó que, so pena de la vida, debían regresar a repoblar la Villa. Ante la amenaza, los fugitivos desandaron el camino; pero en un punto retirado a dos leguas de Cubiri, decidieron esperar la llegada del gobernador de la Nueva Vizcaya y levantaron casas y un fuertecillo de madera en ese lugar.

El gobernador Hernando de Bazán llegó en abril de 1585, con la mira de castigar a los indios rebeldes; ordenó al Capitán Gonzalo Martínez que, con 18 hombres, se internara en las montañas para localizarlos. La operación fue desastrosa para los castellanos, pues los indígenas hicieron una matanza con los expedicionarios, incluyendo al Capitán Martínez, y solamente dos de ellos salieron con vida.

Enfurecido por el fracaso, Bazán siguió hasta el río Mayo donde los indios lo recibieron amistosamente; pero respondió a la hospitalidad con la falacia, pues tomó presos a muchos y los envió a México en cadenas. Regresó al poblado que había formado en las inmediaciones de Cubiri, donde tuvo grandes altercados con sus hombres, y tras de nombrar Alcalde Mayor y Capitán a Melchor Téllez, partió para Durango humillado y colérico. Poco tiempo después se ausentó Téllez y, para sustituirlo, Bazán designó a Pedro de Tovar “El mozo”, quien pronto abandonó el poblado junto con casi todos los colonos. Sólo quedaron en la región, además de Antonio Ruiz, Bartolomé de Mondragón, Tomás de Soberanes, Juan Martínez del Castillo y Juan Caballero, sobre quienes recayó el honor de la fundación de la Villa de San Felipe y Santiago de Sinaloa, sobre las márgenes del río Petatlán en 1585.

La vida de los cinco hombres fue muy penosa. Solitarios, en medio de un mar de tribus belicosas, llevaron una existencia precaria en míseras chozas. La caza, la recolección de frutos silvestres y diminutas siembras de maíz y frijol eran sus medios de subsistencia; pero, aún así, expuestos a ser aniquilados por los indígenas, se dieron maña para buscar minas en las montañas, ya que del hallazgo de minerales ricos dependía su permanencia en la región.

La Villa de Sinaloa les ha rendido un homenaje al estampar en su escudo de armas, las iniciales en oro de cada uno de ellos; pero, si se reflexiona un poco más, se llega a la conclusión que su obra máxima no fue sólo fundar un poblado. Su misión histórica tuvo repercusiones más importantes, ya que, sin su férrea voluntad y decisión, todo lo ganado por Francisco de Ibarra en la Provincia de Sinaloa se hubiera perdido en forma total y definitiva.

Hacia 1590, Antonio Ruiz, era Alcalde Mayor de la Villa de San Felipe y Santiago,

donde, aparte de sus cuatro compañeros, vivían otros cuatro españoles que habían ido a avecindarse. Se ha dicho que, en ese tiempo, la situación era ya tan difícil, que Martínez del Castillo y el mismo Ruiz habían decidido abandonar la región; más parece que no era así, dado que por esos días habían descubierto las minas de Chínipas que prometían ser muy ricas. De cualquier manera, para su fortuna y para la de la villa, en el año arriba dicho(1591) arribaron los jesuitas Gonzalo de Tapia y Martín Pérez con el objetivo de fundar la Misión de Sinaloa. Esto cambió radicalmente el panorama y la fisonomía de la Provincia, ya que San Felipe se convirtió en el poblado más importante del noroccidente. Antonio Ruiz escribió su Relación a finales del siglo XVI y legó, así, la crónica más notoria de los sucesos que se desarrollaron en el norte de Sinaloa, desde la expedición de Francisco de Ibarra a Paquimé, hasta la llegada de Diego Martínez de Hurdaide a la Villa de San Felipe y Santiago. Por sus páginas desfilan caudillos, soldados, frailes e indígenas; con sencilla amenidad se relatan los hechos de ramas que los castellanos libraron para proteger sus vidas y la penetración española. Si Ruiz no tuviera los méritos de ser uno de los fundadores de la Villa de Sinaloa y de haber desempeñado un papel decisivo en la retención de la conquista de la provincia, bastaría su Relación para que se le tuviese en un sitio distinguido en la Historia de Sinaloa. Se ignora el lugar y la fecha en que murió; pero consta que en 1603 vivía en la villa mencionada, pues, con motivo de la visita del Gobernador de la Nueva Vizcaya, Capitán Francisco de Urdiñola, a ese lugar, éste ordenó levantar una información testimonial del estado en que se encontraba la provincia y Antonio Ruiz fue uno de los deponentes.

Identificar su familia y su procedencia con los pocos datos que se tienen es problema difícil de resolver, aunque existen indicios que pueden ayudar en la tarea. Se sabe que Juan Ruiz era soldado viejo, tal vez no por la edad sino por veteranía en las luchas de la conquista, mas se ignora en qué tiempo se unió a las huestes de Ibarra, ya que éste inició sus campañas en 1554 y entró en Sinaloa hasta 10 años después; así es posible que Antonio Ruiz le haya acompañado desde Durango, o bien que se le incorporara en la campaña de Chametla. Se tiene conocimiento de un Juan Ruiz “...vecino de Guadalajara y natural de la isla Española, e hijo de Juan Ruiz, e que...fue con Francisco Vásquez Coronado a Cibola...y touo indios en la villa del Espíritu Santo, y por haberse despoblado los dexó...” quien es posible que haya sido el padre de Antonio Ruiz. Esta posibilidad adquiere visos de realidad con el hecho de que, hacia 1583, vivía en Culiacán un Antón Ruiz, “...hijo de Joan Ruiz, vecino de Guadalaxara, nieto de Joan Ruiz...casado con María Añvarez...” En este caso cabe preguntar: Antón y Antonio Ruiz, ¿fueron personas diferentes?.. La Relación de Culiacán, donde aparecen consignados los datos sobre Antón

Ruiz fue fechada el 6 de abril de 1583; aunque, es obvio, fue escrita con anterioridad; en ese tiempo, Antonio Ruiz andaba con el Capitán Montoya en la reconquista de la provincia de Sinaloa. Por otra parte, no aparece en la mencionada Relación como vecino de la villa ni en su manuscrito menciona el nombre de la esposa; pero es indudable que radicaba en San Miguel cuando se dio de alta con Montoya, y por él mismo se sabe que regresó muy pronto a ese lugar para llevar a su mujer y su cuñada, Ana Alvarez, a San Felipe y Santiago de Carapoa. El nombre de la cuñada conduce al de la mujer de Antón, que era el de María Alvarez, y a recordar que una María Alvarez se avecindó en la Villa de Sinaloa con anterioridad a la llegada de los jesuitas a ese poblado; con estas referencias y la coincidencia que uno se llamara Antonio y el otro Antón que los padres y abuelos de ambos se llamaran Juan, y que ambos vivieran en Culiacán por el mismo tiempo, es posible concluir que fueron la misma persona.

De la lectura de la Relación se tiene la impresión de que el autor era un hombre observador, de clara inteligencia, con gran curiosidad, sed de aprender y dueño de simpatía personal. Cuando, aún mozuelo, vivía en Carapoa, su inquietud o el afán de acompañar a su padre, le hicieron aventurarse por las veredas de la región; así pudo conocerlas como a la palma de su mano. Unos 15 años después, en ocasión de que Pedro de Montoya quiso visitar algunos poblados, le preguntó si podría recordar los caminos que los llevarían a ellos, y Ruiz manifestó que, aún sin veredas, daría con las rancharías, como así fue. Su deseo de saber y de familiarizarse con los indígenas, le llevó a instruirse en la lengua cahita, y en la ocasión arriba citada "...dos indios que se encontraron llegando a la cañada de las aguas calientes..." lo reconocieron "diciéndole Antonico..." y preguntáronle en la lengua por su padre.

Por otra parte, su afición a las letras debe haber sido bastante grande. Soldado desde la edad de 14 años, la vida dura de la campaña no era ambiente propicio para dedicarse a los gustos literarios, y sobre todo, hay que recordar que los duros milites castellanos no amaban mucho de recrearse con lecturas. Sus aficiones eran el oro y las muchachas bronceadas. Sin embargo, Ruiz se significó por su amor a las letras. Sin temor a equivocarnos, podemos aseverar que tras de que la figura de Baltasar de Obregón se desvaneció en el paisaje noroccidental fue el único letrado en Sinaloa durante la segunda mitad del siglo XVI. Prueba de ello es que Montoya lo nombró escribano, que el gobernador Hernando Bazán le honró con el mismo encargo y que los jesuitas le encomendaron escribir una visión histórica de la región, no solamente por ser testigo presencial de los hechos, sino porque sus aficiones literarias eran bien conocidas. Con Pedro Castañeda de Nájera y Baltasar de Obregón, formó la trilogía de cronistas del siglo XVI que legaron el

relato de la conquista del noroccidente mexicano. El primero con su Relación de la jornada a Cíbola y el segundo con la Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España.

Esta es una semblanza incompleta de la vida del Capitán Antonio Ruiz, quien, a la edad en que los chicos todavía se entretienen con juegos infantiles, andaba ya en las duras campañas de la conquista acompañando a su progenitor, y que, apenas entrado en la pubertad, tuvo que disparar el arcabuz y empuñar la espada para defender la vida. No fue un gran caudillo, sino simple guerrero que en las lides supo de triunfos, de fracasos y de las penosas fugas en que la principal preocupación era proteger del furor de los indígenas a las valerosas mujeres castellanas que dejaban la placidez y la seguridad de los poblados para seguir s sus hombres en una aventura que siempre suponía incomodidades y pobreza, y no pocas veces, la muerte.

Antonio Ruiz fue poblador de dos villas que desaparecieron y fundador de una que habría de perdurar para que de ella irradiara la obra misionera más gigantesca que viera América. En ese mísero villorrio, él y sus compañeros, débiles, inermes, pero tercos y obstinados como buenos españoles, resistieron durante cinco años la tremenda marejada de las tribus y retuvieron para España, en forma simbólica, una conquista que en cualquier momento podía desvanecerse. Pero sobre todo, un día arrinconó el arcabuz y la espada y tomó la pluma para escribir una página de la Historia de Sinaloa, en la que él mismo figura como uno de los actores principales.

EL MANUSCRITO

La Relación de Antonio Ruiz se conserva en el Archivo General de la Nación como parte de un volumen en el que se encuentran otros documentos relativos a los siglos XVI y XVII, entre los cuales se hallan cartas del Capitán Diego Martínez de Hurdaide. La Relación se encierra en 38 fojas manuscritas por ambas caras de mano del autor, y hasta ahora no había sido publicada en forma íntegra. Solamente el Dr. Carl O. Sauer insertó en su trabajo denominado Roas to Cíbola; la parte correspondiente a las expediciones de Francisco Vázquez de Coronado y Francisco de Ibarra; pero lo hizo respetando la ortografía, la puntuación y las abreviaturas del original, que hacen difícil su lectura. En los márgenes de las fojas aparecen 107 acotaciones que fueron agregadas por otra persona, las cuales son indicativas de los sucesos que van desarrollándose en el transcurso de la obra. También se miran 8 notas de Antonio Ruiz, de las que 3 están testadas como si el cronista se hubiera arrepentido de escribirlas. Al finalizar el manuscrito hay una nota del padre Diego de Guzmán S.J., en la que da fe de quien fue el autor, ya que no está formado por el Capitán.

Para la paleografía del documento se utilizó una copia en micropelícula tomada gracias a las facilidades otorgadas por el DR. J. Ignacio Rubio Mañé, director del archivo mencionado, a quien expreso mis agradecimientos por su atención, dada la necesidad e importancia de conocer ese testimonio. Cabe aclarar que nunca fue mi ánimo publicar una versión paleográfica apegada totalmente al original, por la fatiga que provocaría leerla, así que se presenta en español moderno, desatadas completamente las abreviaturas, con los nombres actuales de los poblados, más con absoluto respeto al sentido del texto. La puntuación es mía, ya que en el original prácticamente no existe, y he intercalado algunas palabras encerradas entre paréntesis para complementar el significado de muchos párrafos. Encontrará también el lector, intercalados entre paréntesis, algunos números que van seguidos de una f o una v, por ejemplo: (1f), (1v), que significan “1 frente” y “1 vuelta”, e indican la numeración de las páginas del manuscrito que se transcriben.

Tal parece que la Relación fue escrita entre 1595 y 1600 a petición de los misioneros de la Compañía de Jesús, quienes deseaban escribir una historia de la vida de la región y de los hechos que se desarrollaron en ella antes de la llegada de los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez. Desde luego, el indicado para llevar al cabo esa tarea era Antonio Ruiz, por haber sido actor y testigo en el drama de la conquista y, además, el único letrado entre los conquistadores que vivían en la Provincia de Sinaloa. Obvio es decir que, entre estos últimos, se encontraría alguno que pudiera dictar sus recuerdos a los jesuitas; pero éstos estaban ocupados en las tareas apostólicas, caminando de poblado en poblado para enseñar a los indígenas, y no podían darse el lujo de tener amanuenses que les sirvieran de secretarios.

Hemos comentado atrás la posibilidad de que Antonio Ruiz no haya ido a la escuela en los años de su niñez; esto se puede achacar a que su progenitor era un solitario, lo que muestra con el hecho de que cargaba con el niño en las duras campañas, pues no ha de haber tenido parientes con quienes dejarlo. Se tienen informes de que Juan Ruiz casó con hija de un conquistador llamado Bartolomé Sánchez, la que posiblemente haya sido madre de nuestro cronista; pero, hacia el tiempo de la entrada de Ibarra, lo probable es que haya sido viudo. Esto hizo que Antonio no pudiera estar de fijo en algún lugar y, por lo mismo, que careciera de oportunidad para asistir a la instrucción que tal vez impartirían los curas en las villas españolas del noroeste. Se supone que le hayan enseñado a leer y escribir con posterioridad al abandono de la Villa de San Juan Bautista de Carapoa, n que los colonos se dispersaron hacia el sur. ¿Dónde aprendió? ¿En San Miguel de Culiacán?, la respuesta queda en incógnita y es preciso conformarse con la idea de que sus estudios no hayan ido más allá de los elementales. En el sentido de la instrucción, Baltasar de Obregón era muy superior a Ruiz, ya que, nacido en la Ciudad de México, de padres nobles y poderosos, pudo hacer estudios con los frailes agustinos, de suerte que Antonio no pudo tener. La ignorancia que prevalecía en el noroccidente era espantosa, y lo más probable es que los eclesiásticos que servían los curatos eran curas de misa y olla, y siendo los únicos que podían impartir enseñanza, el hijo de Juan Ruiz no pudo haber esperado mucho de ellos para que lo ilustraran.

Como obra literaria, la Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España es, sin lugar a dudas, mejor que la Relación de Antonio Ruiz; más, sin embargo de esto, el estilo de Ruiz es más llano, aunque muchas veces confuso; pero a este respecto hay que recordar que el de Obregón “... es....pedregoso, y a veces bien revuelto e incomprensible”. Idiomáticamente el escrito de Antonio Ruiz adolece de los defectos de su época. El padre Mariano Cuevas S.J., en su prólogo al libro de Baltasar de

Obregón escribió: “Los estudiosos del habla de Castilla y del sesgo que fue tomando en la Nueva España, tienen aquí un campo feracísimo para sus observaciones, y el muy curioso y casi único ejemplar del tan interesante primer paso del castellano, de labios españoles a burgaleses por añadidura, a los labios de un hijo del país”.

Infortunadamente no puede decirse otro tanto en relación con el escrito de Antonio Ruiz. La evolución del lenguaje se ofreció primero en la Ciudad de México y en las zonas aledañas a la misma; pero en el noroccidente aislado y lejano, donde sólo habitaban los descendientes de los primeros conquistadores y los toscos soldados que allí llegaban por necesidades guerreras, se hablaba el romance de Castilla y tal y como lo introdujeron los primeros españoles. Al decir del filólogo Profr. Carlos Esqueda, sinaloense por adopción, quien ha hecho interesantes estudios sobre el particular, el romance castellano continuó vigente en la región hasta mediados del siglo XIX.

Sin embargo, en las descripciones de Ruiz hay bastante claridad; a veces peca de monotonía, pero no en la forma marcada de Baltasar de Obregón. Contra lo que pudiera esperarse, en la Relación no existen muchos arcaísmos; pero, en lo que a ortografía y puntuación se refiere, es sencillamente intolerable. El autor escribió, por lo general, en forma impersonal, pero incontables veces dice “íbamos caminando”, “hicimos esto”, y son muchas las ocasiones en que se refiere concretamente a sus actos, recalcando haber sido conquistador y uno de los primeros que entraron a la primitiva Provincia de Sinaloa; pero, en este aspecto no se refiere solamente a él, sino que hace igual con sus compañeros de armas que se significaron por el mismo motivo.

La narración es sencilla, a veces ingenua, por lo general amena y la ampulosidad brilla por su ausencia. Es el relato de un hombre sincero, afable, honrado consigo mismo y para con los demás. No hace ningún alarde de superioridad al hablar de sus hechos, y aunque, como llevamos dicho, en ocasiones los recalca, su modestia es innegable. Su actitud hacia el indígena no es la del hombre que siente orgullo por pertenecer a la raza dominante; pero, en algunos casos en que narra la derrota de los suyos, reacciona como el castellano herido en su orgullo y amor propio. Hombre de su época y como miembro de un grupo étnico que se sentía amo y señor, al hablar del servicio que prestaban los naturales a los colonos españoles, lo hace con la mayor naturalidad, como si se tratara de una obligación que tuvieran que cumplir; pero, en contraste, cuando el Capitán Gonzalo Martínez emprendió subrepticamente una expedición con el objetivo de aprehender a los nativos para el mencionado servicio, manifestó Ruiz que como iban “con mal intento, quiso Nuestro Señor” que Martínez errara el camino, por lo que anduvieron “perdidos cinco o seis días”, y que se les acabó el bastimento y pasaron “sin comer dos días y sin agua”.

Su natural debe haber sido generoso, ya que no muestra resentimiento por algunos actos de sus superiores, que deben haberle molestado, y solamente al finalizar la Relación se advierte un dejo de tristeza cuando, en pocas palabras, refiere que tuvo que dejar su posición de caudillo en manos de Diego Martínez de Hurdaide.

Agudo observador, Antonio Ruiz ponía cuidadosa atención en los hechos y dichos de sus superiores y, en las páginas de la Relación, expuso con gran franqueza sus opiniones cuando advirtió que la conducta de aquellos no era todo lo correcta que debería ser dada su condición de funcionarios o de delegados de las autoridades supremas de la Colonia. Ejemplo de esto fue el caso de los cautivos que llevó a México el Gobernador de Nueva Vizcaya, Hernando de Bazán. El asunto fue denunciado al Virrey, quien desde luego ordenó que los indígenas fueran puestos en libertad; además, comisionó a Don Antonio de Monroy para que fuese a liberar a todos los que habían quedado regados por el camino en calidad de esclavos, disposición que no cumplió, pues, según el cronista, “los dejó donde los tenían en esclavitud por dádiva y soborno que le dieron”.

Antonio Ruiz era dueño de un gran sentido humorístico, el cual campea en muchas páginas de la Relación, si bien se muestra en forma muy discreta. Las situaciones chuscas aparecen en cualquier aspecto de la vida y, en el drama de la conquista, no podían dejar de presentarse. Relata Ruiz que en un albazo de los hombres de Hernando Bazán sobre el pueblo de Nío, la operación fue desordenada y los atacantes obraron con miedo a pesar de que los naturales eran pocos; resultaron heridos 3 soldados y a los 3 “les hirieron por la trasera en las asentaderas, y con el miedo que tenían a la yerba se hicieron más malos de lo que estaban”. Esto quiere decir que los buenos mozos habían dado media vuelta, avisándole a talones para ponerse a salvo de la furia de los indios.

El mundo donde Antonio Ruiz se movió fue el de la antigua Provincia de Sinaloa, que se extendía desde el río Petatlán hasta la región del río Fuerte. No era nada placentero vivir en una zona preñada de amenazas y poblada por tribus levantiscas y belicosas que no miraban con buenos ojos la presencia de los blancos; más, sin embargo, ése fue el escenario donde Ruiz paseó su figura durante gran parte de su existencia. Ocasionalmente, en unión de sus compañeros, rebasó los límites de su hábitat para visitar los poblados del río Mayo, o llegar en busca de minas hasta regiones tan lejanas como la de Chínipas en la Sierra de Chihuahua.

Su Relación es el documento más interesante y valioso para el conocimiento de los hechos que condujeron a la conquista de la región norte de lo que hoy es el Estado de Sinaloa; para redactarla, tuvo como valiosos auxiliares a su privilegiada memoria y los datos aportados por su padre, algunos compañeros de armas y los indígenas. Para relatar

la jornada a Cibola debe haberse basado en las narraciones de su padre, quien tuvo parte en ella, así que lo poco que le manifestó sobre el particular, pues sólo se concretó a ofrecer algunas referencias sobre la tierra, a relatar la muerte de un soldado llamado Pedro de Nájera y a referir escuetamente el ataque de locura que sufrió Vázquez de Coronado, suceso, éste, que en su tiempo causaría gran sensación dada la posición tan importante que el Capitán general tenía en Nueva España.

La entrada de Don Francisco de Ibarra es narrada desde el momento en que el joven Capitán llegó a la Provincia de Culiacán, hasta el de su partida hacia la de Chametla. Infortunadamente, Antonio Ruiz era entonces un chicuelo incapaz de percatarse de cómo andaba el mundo; en esa edad tampoco debe haberle interesado mucho. Así, cuando treinta años después estampó sus recuerdos en el papel, la confusión que reinaba en su mente respecto a la cronología de las entradas de Ibarra le hizo caer en graves errores. No obstante, las impresiones personales de esta fase de su vida las narró en forma muy clara. El mismo fue uno de los que vivieron la aventura y las penalidades que sufrieron al regreso de Paquimí –durante el cual estuvieron a punto de morir de hambre–, todo lo relató en forma breve y objetiva. Mas lo que puso de relieve en forma muy viva es la convulsiva existencia de los colonos de San Juan Bautista de Carapoa durante el corto tiempo que el poblado se levantó sobre la tierra, así como la muerte violenta de los franciscanos Pablo de Santa María y Juan de Herrera, la de este último debida, más que a un deseo de alcanzar la palma del martirio, a su terquedad para no abandonar una región donde los indígenas ardían en deseos de matar castellanos. Concluyó esta etapa con el dramático y patético abandono de la villa, lo que no fue óbice para que, en el camino, los rudos pobladores se liaran a cuchilladas por un motivo que no justificó el zafarrancho.

Narra Antonio la fantástica aparición, entre los indios, de una señora que sanaba enfermos y resucitaba muertos, conseja ésta que llenó de curiosidad a los españoles y provocó que un aventurero se internara en la región de Petatlán para morir víctima de su ingenuidad. Después de eso ocurrió la entrada del Capitán Pedro de Montoya, cuyo objetivo era la reconquista de la provincia y la fundación de otra villa de españoles sobre el río Fuerte: San Felipe y Santiago de Carapoa. Hacia el tiempo en que se escenificó esta interesante fase de la historia sinaloense, Antonio Ruiz ya era un hombre hecho y derecho, dueño de notable madurez de criterio y amplia visión, y en su relato señaló, a veces, las causas que determinaron algunos sucesos. En el curso de la narración nos damos cuenta de los poco ortodoxos métodos que empleaba Montoya; de su política de complacer a determinado grupo indígena causando el disgusto de otro más poderoso, así como de su fanfarronería exhibida en los momentos críticos, factores éstos que determinaron la

matanza colectiva de muchos soldados castellanos y el trágico final del mismo Montoya; el abandono de la villa de San Felipe y Santiago, y como resultado de todo esto, la aparición en escena del Gobernador Hernando de Bazán, quien, de manera torpe e impolítica, bajo pena de muerte ordenó que los fugitivos regresaran de inmediato a repoblar la villa. Impresionante y realista es la descripción de la emboscada tendida por los zuaques a una fuerza española al mando del Capitán Gonzalo Martínez, de la cual solamente dos escaparon con vida; esto motivó que Bazán cobrara artera venganza en los pacíficos indígenas del río Mayo, que nada tenían que ver con la revuelta.

Pasa la Relación a ocuparse de los años de soledad en que vivieron Antonio Ruiz, Juan Martínez del Castillo, Tomás de Soberanes, Bartolomé de Mondragón y Juan Caballero, quienes quedaron en la región en un punto al que denominaron San Felipe y Santiago de Sinaloa. Esta fase es la dura existencia de cinco españoles en medio de la inmensidad de las tribus. Es la historia de siete años de trabajos ímprobos; de buscar prospectos mineros, de ansias de consuelos espirituales; largos siete años de mantener simbólicamente el dominio de España en una áspera región donde el indio no reconocía más voluntad que la suya y la de sus caciques y hechiceros. Es, en suma, el avatar de unos seres humanos tercos y decididos que emprendían largas caminatas para entrevistar a los gobernadores de Nueva Vizcaya en busca de ayuda y solamente recibían promesas y más promesas.

Finaliza la Relación en la llegada a la villa de los padres jesuitas Gonzalo de Tapia y Martín Pérez para fundar la Misión de Sinaloa; la narración de los trabajos apostólicos que emprendieron para incorporar la Provincia a la vida civilizada; el asesinato del padre Tapia, y por último, el arribo de Diego Martínez de Hurdaide, quien sometería definitivamente a las tribus indígenas bajo el dominio de la Corona Española.

Por medio de las páginas del documento se hallan personajes ya conocidos y otros de los que solamente se tenían referencias; una descripción física que se desconocía, y de la que no se sospechaba, de Don Pedro de Tobar, noble y acaudalado vecino de Culiacán. Escribió Ruiz que Don Pedro usaba traer barba “que la tenía siempre larga y crecida que le llegaba por bajo de los pechos, y usó siempre traer anteojos, y así le llamaban los indios de esta tierra Cuatro Ojos” y que fue alma de la efímera villa de San Juan, pues mientras vivió “sustentó muy a su costa la población” y al que deseaba ir a vivir en ella le regalaba “caballos, armas, pólvora, herraje y alpargatas”, que estas últimas eran el único calzado que había entonces en la región.

Desfilan también Rodrigo del Río de la Loza, Hernando de Trejo y Carvajal, Esteban Martín de Bojórquez, Pedro Ochoa de Garralaga, y se encuentran nuevos datos

sobre Luisa, la cacica de Ocoroni que sirvió de intérprete a Don Francisco de Ibarra en la expedición a Sonora. De acuerdo con lo que Ruiz relató, Luisa trató de evitar que su gente tomara parte en el movimiento tramado contra los españoles –el cual culminó con la despoblación de San Juan-, y puso todo lo que estuvo de su parte para salvar la vida de Fray Juan de Herrera y las de los soldados que le custodiaban. Además, informa que Luisa dejó dos hijos: un hombre y una mujer, los que no heredaron ni la inteligencia ni las virtudes de la notable matrona indígena.

Al Capitán Diego de Guzmán se le ha conocido por la Relación de su viaje hasta el río Yaqui, de modo que fue el primer español que alcanzó las márgenes de esa corriente; pero se ignoraba qué había sido de él después de su regreso a la Villa de San Miguel de Culiacán. Por lo que consta en la Relación de Ruiz, Diego de Guzmán se quedó a vivir en ese lugar y en dos ocasiones marchó a prestar auxilio a los vecinos de Carapoa y también se dedicó a ensayos mineros. Otro personaje importante de quien no se tenían mayores noticias fue de Don Alvaro de Tobar; éste, con su hermano Pedro, llegó con Nuño de Guzmán para quedarse en San Miguel como uno de los fundadores. Ahora, gracias a Ruiz, se sabe que perduró en Culiacán y otorgó servicios a los españoles de la Provincia de Sinaloa. De la villa de San Felipe y Santiago de Carapoa y de su fundador, Pedro de Montoya, no eran muchos los conocimientos que se tenían; pero, por lo que Antonio Ruiz manifestó, es posible conjeturar que el capitán era hombre valiente, rudo y lleno de fanfarronería, aunque esto último no quedaba en tal, sino que, llegada la hora de la verdad, no se arredraba ante el peligro. Otra recia figura de soldado español es la del Capitán Gonzalo Martínez, hombre de mucho temple y sumamente valiente. Al grado que los indios tehuecos lo apodaron El Tehueco, como reconocimiento a su valor. La forma en que defendió su vida en la emboscada que le tendieron los zuaques fue verdaderamente admirable, y solamente el cansancio pudo lograr que los indígenas terminaran con él. Los cahitas tenían la costumbre de comerse a los enemigos que se distinguían por su valentía; en el caso del Capitán Martínez, dice Ruiz que “ por haberle los enemigos hallado tan valiente le descarnaron todo el cuerpo sin dejarle mas que solamente los huesos asidos a las cuerdas y nervios”

Muy antipática es la personalidad de Hernando de Bazán, Gobernador de la Nueva Vizcaya, quien, ante su fracaso en el intento de vengar las muertes de Montoya, de los colonos, del Capitán Martínez y de los soldados, marchó hacia la región del río Mayo donde cometió atrocidades con los habitantes que le habían recibido de paz y lo proveyeron de alimentos. Por la descripción que hizo Antonio Ruiz de la persona del gobernador, nos atrevemos a decir que era un tipo fatuo, quisquilloso y colérico. A su

regreso del Mayo, de donde trajo gran cantidad de cautivos para venderlos, tuvo graves disgustos con sus soldados, quienes le faltaron al respeto sin tener en consideración su carácter de gobernador. Informó Ruiz que Bazán murió en la Villa de San Sebastián, de “muerte súbita y repentina”, final éste que, dado su carácter, no es de causar extrañeza.

Son varios los eclesiásticos que desfilan por las páginas de la Relación. Algunos eran franciscanos, otros jesuitas y dos del clero secular. De los frailes menores, los más notables fueron Pablo de Santa María y Juan de Herrera quienes, como ya se anotó, murieron asesinados por los naturales. De los de la Compañía de Jesús, los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez (fundadores de la Misión), Juan Bautista de Velasco, Martín Peláez, Pedro Méndez y Francisco de Castro. Los seculares fueron Hernando de la Pedroza y Gaspar Tenorio. Este último llegó en la compañía del Gobernador Hernando de Bazán y no existen más pormenores sobre él. En cambio, el padre Pedroza figura más por haber sido cura de San Felipe y Santiago de Carapoa. Su vocación no debe haber sido muy notoria, ya que el hombre andaba siempre a caza de minas y estuvo a punto de que Juan Martínez del Castillo le atizara un golpe con arcabuz después de que ambos intercambiaron “palabras pesadas”. Respecto de los exponentes indígenas que figuran en el documento, aparte de Luisa, se tiene a otra india llamada María, que también sirvió como intérprete a los españoles; al cacique Mathome. Indio valiente que intentó una rebelión y que por lo mismo, terminó colgado de un árbol; Don Pedro Alonso, cacique de Ocoroni, quien, según parece, fue el autor de la conspiración que terminó con la Villa de San Felipe y Santiago de Carapoa y la vida de muchos españoles; los indios cristianos Alfonso Sabota, Juan de Uxipa, otro llamado Aresica, “muy arriscado, y brioso y muy arrogante” quien recibió el bautismo de manos del padre Martín Pérez, y por último, el famoso Nacaveva, asesino del padre Gonzalo de Tapia.

Creemos que esta Relación será bien recibida por los historiadores e investigadores, ya que llena un vacío en la historia de la conquista del norte de lo que actualmente es el Estado de Sinaloa, y aclara muchas dudas que pueda haber sobre el particular. Es un documento de primera mano, escrito por testigo ocular, y con la señalada singularidad de que procede del siglo XVI, lo cual la añade gran valor, pues, como se sabe, no son muchos los testimonios históricos que se conservan de esa centuria tan interesante y lejana.

Hermosillo, Sonora, México, 13 de junio de 1968.
Fiesta de Corpus Christi y San Antonio de Padua.
ANTONIO NAKAYAMA A.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- Almada, Francisco R.
1927 Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuense. Chihuahua, Chih., México.
1952 Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses. Chihuahua, Chih., México.
- Amaya Topete, Jesús.
1960 "Conquista y población de Sinaloa", en Estudios Históricos de Sinaloa", publicación del Congreso Mexicano de Historia, México.
- Bolton, Herbert Eugene
1949 Coronado, Knight of Pueblos and Pains. Whittlesey House MacGraw Hill Book Company, Inc. New York, London, Toronto and Tehe University of New Mexico Press. Albuquerque, New Mexico.
- Buelna, Eustaquio.
1877 Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Sinaloa. México.
1890 Arte de la lengua cahita por un padre de la Compañía de Jesús, publicada por el licenciado... México.
- Decorme, S.J., Gerard
1941 La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial. 2 vol. México.
- Dunne S.J., Peter Masten
1940 Pioneer Black Robes on the West Coast. University of California Press, Berkeley and Los Angeles.
- Gámez Ernesto.
1965 Historia Antigua del Mocerito al Zuaque. Universidad de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa, México.
- Hammond, George P (Ed)
1940 "Coronado's Muster Roll", en Narratives of the Coronado Expedition. The University of New Mexico, Press, Albuquerque.
- Icaza, Francisco A de
1923 Conquistadores y pobladores de Nueva España. Diccionario autobiográfico. Madrid.
- López Portillo y Weber, José
1935 La Conquista de la Nueva Galicia. México.
- Mecham, Lloyd D.
1927 Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya. Duke University Press, Durham, North Carolina.
- Nakayama, Antonio A. (Ed)
1952 Documentos inéditos e interesantes para la Historia de Culiacán. Culiacán, Sinaloa, México.
- Obregón, Baltasar de
1924 Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España. México.
- Paliza, Juan L.
1930 El Estado de Sinaloa. Monografía geográfica, estadística, informativa e ilustrada. 2ª edición, Culiacán, Sinaloa, México.
- Pérez de Ribas, Andrés
1944 Historia de los triunfos de nuestra Santa Fé, 3 vol. Editorial Layac, México.
- Rouaix, Pastor
1946 Diccionario geográfico, histórico y biográfico del Estado de Durango. México.
- Saravia, Atanasio G.
Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya. 1. La Conquista. México.
1943 Los misioneros muertos en el norte de la Nueva España. 2ª. Edición, México.
- Sauer, Carl O.
1935 Aboriginal Population of Northwestern México. IberoAmericana, 10, Berkeley, California.
1932 The distrution of aboriginal tribes and languages in Northwestern México. Iberoamericana 5, University of California, Press, Berkeley, Calif.
1932 The road to Cibola. Iberoamericana, 3, Press Berkeley, Calif.
- Sauer, Carl o y Donald Brand
1932 Aztatlan: Prehistoric Mexican Frontier on the Pacific Coast, Iberoamericana 1, Berkeley, Calif.
- Shields S-J., Eugene
1934 Gonzalo de Tapia, United States Catholic Historical Society, New York.
- Vázquez de Coronado, Francisco
"Carta de....al Emperador, dándole cuenta de la expedición a la Provincia de Quivira, y de la inexactitud de los referido á Fr. Marcos de Niza acerca de aquel país", en Pacheco y Cárdenas. Colección de Documentos Inéditos, T.III.

La conquista de Sinaloa de José Luz Ornelas se
diseñó en Creativos7editorial
Enero 2010.